

SANTIAGO ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA

# Mirar la realidad de nuestro tiempo de forma radical

*"Hay un cuadro de Klee que se llama Angeles Novus. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de sentirse pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y éste deberá ser el aspecto del ángel de la Historia"*

Walter Benjamin, *Tesis sobre la filosofía de la Historia*

*"¿Qué hacer? Hacer el inventario de la civilización actual que nos conduce a la ruina... Intentar mostrar exactamente la trampa que ha convertido al hombre en esclavo de sus propias creaciones"*

Simone Weil, *Cahiers*

"No hay documento de cultura que no lo sea también de barbarie". Resulta difícil no recordar esta afirmación de Walter Benjamin cuando, sin dejar de reconocer los valores que anidan en la cultura occidental, renunciamos a las vendas de las justificaciones que impiden percibir nuestro tiempo de forma radical. Actualmente, las capacidades de transformar el mundo por parte de los seres humanos comportan una amenaza de destrucción. El progreso se torna en su contrario y la llamada civilización industrial se asemeja a la tempestad que arroja de espaldas sobre una senda de ruinas a ese *Angelus Novus* del cuadro de Paul Klee que sugiere Benjamín como metáfora de la Historia. El ángel contempla, impotente y pasmado, una catástrofe de sufrimiento y aniquilación, pero nosotros seguimos denominándolo progreso. Esa perversión de la mirada revela el grado de barbarie que está presente en nuestra cultura. ¿Qué hacer?, se pregunta Simone Weil en sus *Cuadernos*: podemos empezar por aprender a mirar la realidad de nuestro tiempo desde sus raíces, tratando de hacer un inventario de lo que nos conduce a la ruina e intentando mostrar las trampas que han convertido a las personas en siervas de sus propias creaciones.

Santiago Álvarez Cantalapedra es director del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM) y de *Papeles de Cuestiones*

## Los grandes temas de nuestro tiempo

En cualquier inventario básico de los grandes problemas de nuestro tiempo aparecerán, con toda seguridad, la crisis ecológica, la falta de vertebración social y las dificultades relativas al ejercicio de una democracia con voluntad de responder a su sentido originario de ejercicio efectivo del gobierno por parte del pueblo. O si se quiere expresar de manera más positiva: hoy los grandes temas de nuestro tiempo tienen que ver con los retos de la sostenibilidad, la cohesión social y la profundización y mejora en la calidad de la democracia.

Es obvio que cualquiera de estas referencias temáticas solicita un planteamiento adecuado y preciso para su tratamiento. Así, a efectos de análisis, coincidimos con Riechmann cuando señala que la crisis ecológica se puede desmenuzar, a su vez, en tres grandes problemas: un problema de escala, un problema de diseño y un problema de eficiencia relacionado con el uso de los materiales y la energía.<sup>1</sup> El problema de la escala señala la cuestión del tamaño que ocupa el sistema socioeconómico dentro de la propia biosfera, y lo recogemos como el hilo conductor de la reflexión que sobre la sostenibilidad introducimos con estas líneas. En la consideración del problema de la falta de cohesión social, se debe diferenciar, a su vez, entre las dinámicas específicas de la desigualdad, de la pobreza, de la exclusión y las vulnerabilidades que surgen de la combinación entre exposición al riesgo y capacidad de respuesta, ya se refiera a personas, a colectivos sociales o, incluso, a naciones enteras. Son estos procesos los que inciden en lo que, a la postre, otorga dimensión a la cohesión social: el tipo y el grado de los vínculos sociales y la gramática de las necesidades que surge de las dependencias que vivimos los individuos.<sup>2</sup> Este último aspecto se convertirá también en otro de los hilos de conducción de este artículo. Asimismo, en el abordaje de las cuestiones relativas a la democracia son tantos los elementos susceptibles de atención (los actores de la sociedad política y civil, las formas de participación y representación, las instituciones, las reglas de juego, los escenarios para su ejercicio, etc.) que se antoja imprescindible buscar algunos conceptos que sirvan de guía. No es descabellado pensar que ese papel lo puedan representar las nociones vinculadas a las ideas de ciudadanía y diversidad, en la medida en que se constituyan como ejes de reconocimiento y participación en el seno de una sociedad democrática (cualquiera que sea el plano en el que la situemos: local, regional, nacional, internacional o, incluso, mundial).

---

<sup>1</sup> Jorge Riechmann, *Biomimesis*, Catarata, Madrid, 2006.

<sup>2</sup> La idea de que las necesidades emanan de las dependencias que establecemos los individuos y de que es conveniente establecer una distinción de tres niveles –el metabólico, el psicosocial y el técnico-social– con el fin de abordar los problemas de equidad social y sostenibilidad ecológica en un mundo con sistemas de necesidades muy desiguales, puede encontrarse desarrollada en Joaquín Sempere, “La necesidad humana como dependencia”, *Revista Internacional de Sociología*, 1999, Nº 23, pp. 131-144.

## La amenaza del gigantismo de la economía

Los datos proporcionados por Naciones Unidas señalan que el gasto real en el consumo mundial se multiplicó por 16 en el curso del siglo XX y que en el mismo período el mundo ha visto triplicar su población. Nuestras exigencias respecto a la tierra se han vuelto excesivas, superando lo que ella es capaz de darnos. Los flujos materiales y energéticos que atraviesan el aparato productivo han llegado a ser de suficiente entidad como para interferir con los que manejan las grandes regulaciones naturales del planeta. Nos lo han recordado recientemente los miembros del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático en relación con el ciclo del carbono. También en términos territoriales se percibe cómo la sobrecarga que sobre el planeta ejerce la actividad humana provoca una desaparición de la riqueza natural a un ritmo sin precedentes: cada año se incrementan 5.000 km<sup>2</sup> de asfalto (una superficie aproximada al doble del territorio de Luxemburgo) debido a las infraestructuras viarias y a los asentamientos urbanos; los bosques tropicales, que aunque no llegan a ocupar ni el 10% de la superficie de los continentes albergan el 90% de las especies vivas del planeta, retroceden ante la codicia de intereses de todo tipo que provocan una deforestación rápida y de una magnitud tan importante como difícil de asimilar por nuestro entendimiento;<sup>3</sup> y así podríamos continuar hasta cansar al lector.

Treinta años después de la publicación del Informe al Club de Roma acerca de los *Límites del Crecimiento*, los mismos autores afirman que esos límites naturales han sido sobrepasados desde mediados de la década de los ochenta y que en la actualidad nos encontramos en una situación de extralimitación o rebosamiento de los niveles de sostenibilidad global: “La economía mundial ya ha rebasado tanto los niveles sostenibles que la fantasía de un globo infinito tiene los días contados. Sabemos que el ajuste será una tarea ingente, que comportará una revolución tan profunda como la revolución agrícola e industrial”.<sup>4</sup>

En consecuencia, la economía está aquejada de gigantismo y amenaza con destrozarse la estructura de la casa (*oikos*) que la alberga y la posibilita. Al igual que en cualquier enfermedad, la posible solución al problema no reside tanto en el tratamiento del cuadro diagnosticado como en la intervención sobre las causas de los procesos que lo originan. El problema de la crisis ecológica no está tanto en el mal uso ni en la ineficiente utilización de los recursos, como en la propia lógica del crecimiento. Lo que nos lleva, si mantenemos la idea

---

<sup>3</sup> Una deforestación que alcanza la increíble cifra de 15,2 millones de hectáreas anuales, aproximadamente la superficie del territorio que ocupan conjuntamente los Países Bajos, Bélgica, Suiza y Dinamarca.

<sup>4</sup> Donella Meadows, Jorgen Randers y Dennis Meadows, *Los límites del crecimiento 30 años después*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2004, pp. 59-60.

de seguir pensando con radicalidad, a contextualizar ese crecimiento en el marco en el que se da: el del sistema capitalista.

También nos ayudará a evitar ambigüedades con la expresión sostenibilidad. Desde hace años ha pasado a formar parte del lenguaje cotidiano, pero en esa misma medida ha ido acumulando imprecisión en cuanto a sus exigencias, lo que ha dado lugar a que en el momento actual se califiquen como sostenibles prácticas y comportamientos claramente inviables desde un punto de vista ecológico. También en el tratamiento teórico de estos problemas se han asentado enfoques que consideran factible que el sistema socioeconómico sea el que arregle internamente el deterioro ocasionado por su propio funcionamiento. Así se han llegado a encumbrar expresiones como “desarrollo sostenible”, de la que se suele derivar la creencia de que las políticas ambientales pueden afrontar las manifestaciones de la crisis ecológica sin poner en cuestión el crecimiento económico impulsado por el modelo de producción y consumo imperante.

---

En el momento actual se califican como sostenibles prácticas y comportamientos claramente inviables desde un punto de vista ecológico

---

## **La huella ecológica: indicador de presión ambiental y exclusión**

A medida que somos conscientes de que la dinámica económica funciona y se reproduce de espaldas a como lo hacen los ecosistemas naturales y de que nos encontramos, además, con una escala en la economía humana excesiva en relación con la biosfera, empezamos a hacernos una idea de la envergadura y profundidad de la actual crisis ecológica. Aunque para ello necesitamos aún un término que ponga en relación las demandas ecológicas que precisa la humanidad de acuerdo a su nivel medio de consumo y la capacidad del globo para satisfacerlas. A este fin se viene utilizando la noción de “huella ecológica”. Imaginémonos, para ilustrar la intuición que subyace bajo esta propuesta, que caminamos sobre tierra. La superficie y la profundidad de nuestra huella en el camino dependerán del volumen de nuestro cuerpo (altura y peso), del calzado que llevemos y del contenido de la mochila que nos echemos a la espalda. No es lo mismo el caminar, sobre la arena, de una persona sin prisas con un índice de masa corporal normal, descalza y ligera de equipaje, que el de un obeso acelerado por las prisas, con botas militares y portando una mochila llena de pesados cachivaches. De la misma manera, el rastro ecológico de la andadura sobre la Tierra de los diferentes grupos humanos va a depender del volumen de su población (el peso de su humanidad), de la tecnología que utilice (tipo de calzado) y de la cuan-

tía y tipología de su consumo (mochila o cesta de consumo, en la que están presentes no sólo los bienes finales de que dispone, sino también aquellos otros recursos movilizados para su obtención). Pues bien, a partir de esa intuición, la “huella ecológica” se construye como un artificio teórico/metodológico útil para mostrar la impronta que deja la actividad humana en la naturaleza desde una perspectiva territorial, de manera que en su propósito está tratar de expresar, en función de la solicitud de recursos y requerimientos de absorción de residuos, la superficie de tierra productiva que se precisa para sostener una determinada cesta de consumo para una población bien definida.

Los primeros desarrollos en estas líneas de investigación han permitido sacar la conclusión de que determinados estilos de vida no son universalizables y que, por consiguiente, sólo se podrán mantener en el tiempo con la condición de que otros no accedan a mayores niveles de consumo. Entre esos modos de vida exclusivos para una parte de la humanidad se encuentra también los correspondientes a la población española<sup>5</sup>. Revelan, como señala Altvater, que el modelo del capitalismo del bienestar de las llamadas economías desarrolladas, tal y como hoy lo conocemos, es un “bien posicional” en el sentido de que “el mundo no puede disfrutar de las comodidades de las sociedades industriales del bienestar sin que todos los seres humanos empeoren su situación”.<sup>6</sup> Aunque normalmente se hace abstracción de las diferencias sociales en el interior de las economías nacionales, el corolario que parece derivarse de todo ello se aventura cada vez más claro a medida que aumenta el número de miembros de la llamada clase consumidora mundial: la profundización del tránsito que experimenta parte de la humanidad desde formas de vida ecológicamente sostenibles hacia los estilos de vida y de cultura presentes en Europa, Norteamérica y Japón desde mediados del siglo XX –sin que los consumidores de los países ricos renuncien al espacio ambiental que ocupan- hace previsible que las luchas por el control de los recursos naturales y por la distribución de los costes ecológicos se incrementen en el futuro, acentuándose con ello los problemas de la desigualdad social y el deterioro ambiental, tanto en un plano interno como en uno más global. Los condicionamientos ecológicos globales representan ya un papel crecientemente destacado en la formulación de los principales problemas sociales del siglo XXI. La crisis se entremezcla de esta forma con la social, constituyendo en sentido estricto una crisis ecosocial.

---

<sup>5</sup> Óscar Carpintero analiza en el capítulo sexto de su libro, *El metabolismo de la economía española* Fundación César Manrique, Lanzarote, 2005, la problemática de la (in)sostenibilidad en nuestro país desde esta aproximación territorial.

<sup>6</sup> Elmar Altvater, *El precio del bienestar. Expolio del medio ambiente y nuevo (des)orden mundial*, Edicions Alfons El Magnànim, Valencia, 1994, p. 22.

## Las necesidades y las alternativas para su satisfacción

Es posible que hasta ahora nunca hubiéramos dispuesto de las condiciones para poder cumplir el sueño por el que tanto lucharon generaciones anteriores: unos niveles de salud y autonomía para que todas las personas, sin excepción, pudieran desarrollar una vida libre de las servidumbres de la pobreza, la ignorancia, el hambre y buena parte de las enfermedades que les afligen. Hoy, sin duda, tenemos las capacidades para vivir ese sueño y, sin embargo, por todos es conocido lo lejos que estamos de alcanzar esos objetivos. Además, como hemos enunciado, las tendencias de futuro no son nada halagüeñas, y nos indican que, de no cambiarlas, el aumento de la presión ambiental también profundizará el grado de exclusión de determinados grupos sociales y poblaciones con el correspondiente deterioro de la cohesión social.

Ser conscientes de encontrarnos en esta situación de extralimitación, sin que con ello hallamos erradicado la lacra de la miseria que asola a gran parte de la humanidad, obliga a distinguir entre “lo que es necesario para salvaguardar la dignidad humana y propiciar una calidad de vida” y “aquello que sólo es necesario para dar continuidad a una economía material sin medida”. Después de la II Guerra Mundial la irrupción de la sociedad de consumo en algunas partes del mundo generó profundos cambios culturales que han terminado por modificar la imagen de las personas como seres necesitados. El “hombre necesitado” de Iván Illich presenta una condición humana definida por su dependencia a las mercancías, lo que supone una inversión y una perversión en la relación entre medios y fines que conduce, irremediabilmente, a una subordinación de las personas a la economía y a la tecnología que ellas mismas han creado y desarrollado.<sup>7</sup>

Situar, por tanto, el debate sobre las necesidades en el centro de la atención es una exigencia para quien quiera mirar la realidad de frente y con radicalidad. Supone, por un lado, no descuidar los procesos psicosociales y económicos que alientan su explosión, y que conducen, en esa medida, a agravar la insostenibilidad y la fragmentación social, y, por otro, permite descubrir la existencia de un núcleo de dependencias humanas básicas (necesidades humanas) cuya satisfacción óptima es algo a lo que todas las personas tenemos derecho y cuya condición objetiva es independiente de los procesos y prácticas implicados en su realización.

Atender a lo primero, implica distanciarse prudentemente de los supuestos que conciben a los individuos como soberanos que, gracias a su radical independencia, constituyen la fuente última del poder en el sistema económico, de suerte que gracias a ese poder pue-

---

<sup>7</sup> Ivan Illich, “Needs”, en Wolfgang Sachs (ed.), *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*, Zed Books, Londres, 1992.

den obtener lo máximo de las posibilidades que se les abren en cada situación. La realidad no parece tan sencilla ni tan idílica como la que dan a entender estos postulados. Más bien, tenemos la sensación cotidiana de que nuestros gustos y nuestras conductas son variables y que se van troquelando a golpe de experiencias, de costumbres y de influjos que, a través de mecanismos de emulación y criterios de posición social, proceden de las relaciones que establecemos con los demás. También somos conscientes de que nuestros deseos no siempre coinciden con nuestras necesidades y que ambos se amalgaman mediante la sugestión proveniente de los medios de comunicación de masas, de la industria cultural, de la publicidad y de los efectos que ejercen los cada vez más omnipresentes escenarios de consumo, ámbitos desde los que se va extendiendo una cultura de la compra que termina por alterar las relaciones sociales y los hábitos mentales. Aspectos, todos ellos, de carácter social que nos revelan una trama de interdependencias que, de ningún modo, se encuentra totalmente al margen del funcionamiento y de la lógica del sistema económico en el que vivimos.

---

**Situar el debate sobre las necesidades en el centro  
de la atención es una exigencia para quien quiera mirar  
la realidad de frente y con radicalidad**

---

Respecto a lo segundo, la distinción que desde hace tiempo se viene proponiendo entre necesidades y satisfactores<sup>8</sup> puede ayudar a pensar la relatividad de las prácticas de satisfacción, en general, y de consumo, en particular, sin renunciar a una noción universal de necesidad. Esto último es una pretensión que no podemos desechar en la medida en que un discurso acerca de los derechos humanos, digno de tal nombre, sólo puede tener un carácter universal en el ámbito de las necesidades humanas.<sup>9</sup> Pero una labor de este tipo no es fácil de llevar a cabo si se repara lo suficiente en la complicación que supone el hecho de que los satisfactores –en cuanto prácticas, relaciones, técnicas y bienes de consumo–, además de contribuir a satisfacer las necesidades humanas, son también un factor del desarrollo de nuevas necesidades sociales y un elemento clave de la configuración y modulación de las necesidades humanas en un particular contexto histórico y cultural. Es algo sobre lo que incide Sempere cuando, al referirse al orden técnico-social, señala que una innovación contribuye a conformar un complejo aparato técnico que es portador, a su

---

<sup>8</sup> En Ian Doyal e Ian Gough, *Teoría de las necesidades humanas*, FUHEM, Icaria, Barcelona, 1994; y Manfred A. Max-Neff, *Desarrollo a escala humana*, Icaria, Barcelona, 1994.

<sup>9</sup> Lo señalan Antonio Elizalde et al. en “Una revisión crítica del debate sobre las necesidades humanas desde el Enfoque centrado en la Persona”, *Polis*, 2006, Vol. 5, Nº 15. En [www.revistapolis.cl](http://www.revistapolis.cl)

vez, de sus propias necesidades –“instrumentales”– que se añaden a las de los individuos.<sup>10</sup>

En cualquier caso, y a pesar de la dificultad que supone asumir que la mayoría de las prácticas, de las técnicas y de los bienes tienen ese carácter dual de satisfactor y de necesidad, la distinción seguirá siendo útil si con ella evitamos las perversiones que se suelen dar en las relaciones entre medios y fines, y somos capaces de ofrecer alternativas en la elección de aquellos elementos –los satisfactores– que, por tener un carácter cultural, son transitorios y susceptibles de negociación a la hora de buscar objetivos de satisfacción humana y eficiencia ecológica.

Y es que, en efecto, las diferentes alternativas de satisfacción no comportan lo mismo desde un punto de vista que trate de combinar las preocupaciones por el bienestar, la sostenibilidad y la equidad social. Sabemos ya bastante, por ejemplo, sobre las diferencias que existen, en términos de calidad de vida individual, impacto en el medio ambiente y cohesión social, entre un modelo de conurbanización difusa y un modelo de ciudad compacta, abarbable y con una buena dotación de bienes y espacios públicos. Se conocen, también, siguiendo con los ejemplos, las diferentes consecuencias que se derivan –para la salud de las personas, para la naturaleza y para la situación alimenticia mundial– de la opción por un tipo de dieta con alto contenido de proteínas de origen animal frente a una alternativa más próxima al vegetarianismo. Por tanto, empezamos a saber ya muchas cosas para descuidar la forma en que se establecen las elecciones y a qué lógica responden. Por eso, el derecho a la satisfacción óptima de las necesidades humanas se debe conjugar con el derecho de todas las personas a participar en la forma de decidir cómo alcanzar esa satisfacción en la práctica.

## **Democracia, ciudadanía universal y atención a la diversidad**

El reto de proporcionar bienestar sostenible está indisolublemente ligado a la defensa de una democracia efectiva. Que las necesidades dejen de ser un mero engranaje de la rueda

---

<sup>10</sup> Joaquín Sempere, *op. cit.* Algo constituye una “necesidad instrumental” para alguien, sostiene este autor, si sirve para la producción o transporte de los objetos que son satisfactores de las necesidades de esta persona. Los alimentos llegan a nuestros platos gracias a la existencia de una industria agroalimentaria que usa tractores y consume plaguicidas y fertilizantes, de unas redes de distribución que reparte los productos en camiones por toda la geografía, de unos equipamientos comerciales que nos los presentan en sus estanterías, de un presupuesto monetario que nos permite el acceso a ellos y de un equipamiento doméstico que permite la conservación y preparación de la comida. Las exigencias que se derivan de estos ámbitos se nos tornan imprescindibles para poder satisfacer la necesidad humana de la subsistencia en una sociedad como la nuestra. Siempre, entre las necesidades de los individuos y sus satisfacciones, encontraremos un complejo técnico-social que rompe la inmediatez y añade sofisticación al proceso de realización de las necesidades. Por otra parte, estas consideraciones se pueden relacionar fácilmente con aquellas otras derivadas de la constatación de que la tecnología también genera problemas y no únicamente soluciones. Una reflexión que ya se encuentra cimentada gracias a las aportaciones de autores tan diversos como Lewis Mumford o Ivan Illich.



de la expansión material de una economía y una cultura desbocada, pasa por la “repolitización” de las mismas como garantía para su expresión y satisfacción democrática. Pero esta opción de sustraer protagonismo al mercado y al orden económico como mecanismos centrales de revelación/ocultación de las necesidades de carácter social no es por sí sola suficiente. Bien pudiera ser —como ha señalado el pensamiento neoconservador estadounidense, aunque con otras intenciones y preocupaciones—<sup>11</sup> que diera lugar a una dinámica incontrolable de demandas sociales que se compadeciera mal con las exigencias de una sociedad sensible a lo ecológico. Para ello habrá que neutralizar tendencias corporativistas, pero parece más factible hacerlo radicalizando la democracia a partir de la profundización en una idea de ciudadanía más acorde con los tiempos que corren que no arremetiendo contra las instituciones básicas de los sistemas públicos de protección social.

En el mundo global en el que nos adentramos, la calidad de la política y de la democracia encuentra su piedra de toque en el progresivo reconocimiento de la condición ciudadana de todos los habitantes de un planeta que, sin clausurar las diferencias, se muestra cada día más interdependiente e integrado. Esta circunstancia está reclamando una nueva perspectiva que —sin obviar los problemas jurídico/políticos que indudablemente plantea y el difícil tránsito hacia su reconocimiento y plasmación— estará presente en los debates políticos del presente siglo.

Al quedarse el mundo sin márgenes o extrarradios como consecuencia de la globalización, se elimina el modo de eludir las responsabilidades, pues ya no existe “resto del mundo” donde exportar y repercutir las consecuencias indeseadas de nuestras conductas. Las consecuencias de nuestros actos terminan por regresar a nosotros, después de afectar a otros, a través de una suerte de efecto *boomerang* (en forma de calentamiento global, de intensificación de las migraciones, del terrorismo global, etc.). En cierto modo toda la

**El bienestar sostenible está ligado a la defensa de una democracia efectiva**

<sup>11</sup> No nos referimos en este caso a aquellos a los que se identifica en la actualidad con la etiqueta de *neocons*, sino a autores de reconocido prestigio intelectual como Daniel Bell (*Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, Madrid, 1977), Peter L. Berger (*La revolución capitalista*, Península, Barcelona, 1989) o Michael Novak (*El espíritu del capitalismo democrático*, Tres tiempos, Buenos Aires, 1983). Estos autores formularon las tesis del “Estado sobrecargado” y la “esclerosis burocrática”, con su corolario sobre la ingobernabilidad del Estado en las sociedades del capitalismo democrático. Como causa profunda señalan las crecientes expectativas que la sobrepoliticización de las necesidades sociales despierta a través del reconocimiento de los derechos de ciudadanía, pues de esta dinámica se deriva un Estado sobrecargado de demandas ciudadanas —y por ende de funciones— que deviene en ingobernable. La crítica vendrá seguida, en coherencia con el diagnóstico, de una propuesta de disminución forzada de las demandas sociales mediante el cuestionamiento del Estado de bienestar y una redefinición cultural de las necesidades y de los valores en la sociedad.

humanidad se convierte en prójima y la dependencia mutua (aunque desigual) se muestra como rasgo definitivo. En este contexto, el orden de derechos y deberes en el que se sustancia cualquier noción de ciudadanía tendrá que adquirir también una dimensión global.

Por otro lado, la reflexión política sobre estas cuestiones no se puede realizar adecuadamente sin atender la creciente diversidad social que nos rodea en ese mismo marco de la globalización. El incremento de la movilidad de las personas, las mercancías y los capitales, acompañada de una intensificación en la circulación de ideas, imágenes e iconos, dan lugar a procesos de diferenciación que –en función de los distintos grados de movilidad y conexión de las personas y de los grupos– componen con fragmentos diversos un nuevo mosaico social en el que está más presente que nunca una jerarquización social instituida en torno a unas dinámicas que, en unos casos, generan desigualdad y, en otros, exclusión. Mientras que la desigualdad es un fenómeno principalmente de raíz económica (una relación clasista basada en la explotación), la exclusión adopta más bien la forma de un fenómeno social vinculado a la etnia, a la cultura, a la percepción del género o la religión.

En la práctica, los grupos sociales viven combinaciones complejas de ambos procesos: de este modo, las divisiones étnicas o las barreras culturales tienden a reforzar y entremezclarse con las divisiones de clase o de género. Lo percibimos cada día con fenómenos como los de la inmigración de la fuerza de trabajo o la feminización de la pobreza. En contextos de esta naturaleza, en los que vemos además cómo se disuelven las delimitaciones hasta hace poco claras entre lo interno/externo<sup>12</sup> o lo prójimo/ajeno, se muestran cada vez más necesarias las propuestas a favor de una ciudadanía que –en distintos planos, desde el local al global– buscan una nueva articulación entre el principio de igualdad y los principios de reconocimiento de la diferencia y respeto a la alteridad como forma de combatir aquellos otros discursos de fronteras y límites que aún justifican las grandes fracturas y consolidan la exclusión.

## **A modo de conclusión/invitación**

Hoy los grandes temas de nuestro tiempo tienen que ver con la crisis ecológica, la falta de vertebración social y con las dificultades para profundizar en la construcción de una democracia de calidad que recoja un nuevo concepto de ciudadanía inclusiva y que tenga capacidad para articular una convivencia en un contexto de diversidad social creciente. Es posible destacar líneas específicas de investigación que, sirviendo de hilo conductor, permitan

---

<sup>12</sup> Esta idea de la creciente internalización de dimensiones y aspectos antes considerados externos, es resaltada por Ángel Martínez González-Tablas en su libro, *Economía política mundial. I. Fuerzas estructurantes* (Ariel, Barcelona, 2007), al señalar la globalización como una de las fuerzas estructurantes de nuestro tiempo.

resaltar cómo se entremezclan estos problemas en el momento presente evitando, al mismo tiempo, caer en la banalidad o en aproximaciones genéricas que poco aportan a lo ya sabido. Atinar con el tratamiento de estas temáticas constituye, sin duda, un paso importante en la búsqueda de la manera de pacificar las relaciones sociales y las relaciones de los seres humanos con la naturaleza, y será, por tanto, la forma de seguir contribuyendo desde esta publicación a la investigación para la Paz. El equipo de *Papeles* le invita a esta nueva etapa de la revista en la que sumaremos a lo ya conseguido nuevos esfuerzos, perspectivas y preocupaciones.